

que todas las religiones conducen al cielo? Así es que, después de seis siglos de esfuerzos, la cristiandad de Oriente está todavía en la cuna.

Sin embargo, los Tártaros no se cansaban de llamar al Asia á los cristianos. En 1285, el rey de Persia, en guerra con el sultan de Egipto, escribió al papa Honorio recordándole la benevolencia que los Mongoles habían tenido para con los cristianos desde los tiempos de Gengiskhan, su primer padre. De aquella negociacion no quedan más vestigios que la carta ininteligible del príncipe mongol. En 1288 envió nueva embajada al papa; y Nicolás IV le manifestó su gratitud por los buenos sentimientos de que se mostraba animado hácia los cristianos, dirigiéndole de paso un largo y elocuente sermón (1); le estimulaba á abrazar el cristianismo y le apremiaba á que recibiese el bautismo antes de emprender su expedición contra Jerusalén, lo cual le facilitaría sin duda alguna la conquista. Parece que los enviados de Argoun entraron también en relación con la corte de Francia, porque en aquel mismo año, Felipe el Hermoso envió una embajada al rey mongol. Los diputados franceses tenían la altivez de su amo, y Argoun se quejó de ello al rey de Francia; pero no por eso dejó de acogerles bien, siempre en la esperanza de que los cristianos se aliarían á él contra el enemigo común. Los papas se aprovechaban de cada embajada para enviar misioneros á los Tártaros. Entre los hermanos menores que marcharon á Oriente en 1289 se encontraba Juan de Montecorvino, el cual fundó la primera iglesia católica entre los Mongoles de la China, valiéndole su celo el título de arzobispo de Khambalikh. Otro religioso, el dominicano Ricoldo de Montecroix, escribió á su regreso una relación de su viaje, con el fin, decía, de que aquellos que quisieran visitar el mismo país supiesen las cosas de que habían menester (2). En 1289, el papa escribió al rey de Inglaterra que un personaje distinguido, enviado por Argoun, le había traído cartas del príncipe tártaro, en las cuales se declaraba dispuesto á venir en socorro de la Tierra Santa si la Iglesia lo reclamaba (3). Se abrieron sobre ello negociaciones con Felipe el Hermoso, pero

(1) Palabras de REMUSAT (*Memorias del Instituto*, t. VII página 360).

(2) REMUSAT, *Misceláneas asiáticas*, t. II, p. 199.

(3) La carta original de Argoun se encuentra en los archivos de Francia (véanse los detalles en las *Memorias del Instituto*, t. I, p. 163 y siguientes).

fueron infructuosas. Lo fué igualmente otra embajada de 1291. Aquel mismo año perdieron los cristianos la plaza de Tolemaida, única que ya les quedaba en la Siria, y desde entonces los llamamientos á la guerra santa que los papas siguieron haciendo de vez en cuando á la cristiandad no fueron más que una vana demostración. Y la caída de la dominación tártara en la Persia puso término á las relaciones diplomáticas entre los soberanos pontífices y los reyes mongoles.

La conquista de los Mongoles amenazaba destruir el mundo; para aquellos Nómadas no tenían atractivo alguno las ciudades, ni la cultura ni su industria; se diría que venían á borrar hasta los signos de civilización, para hacer del mundo una inmensa estepa y vagar libremente por él con sus rebaños; llegaron á deliberar seriamente si destruirían ó no las ciudades y degollarían á los habitantes del inmenso imperio de la China. Sin embargo de eso, aquellos devastadores tuvieron su misión en los destinos de la humanidad y contribuyeron á su adelantamiento. Cuando la Polonia y la Hungría, á mediados del siglo XIII, se vieron invadidas por 500.000 Tártaros, aterradas las poblaciones, creyeron ver en los conquistadores una raza salida del infierno (1). El Occidente no tenía noción alguna de los pueblos que habitaban el Asia, y los cristianos desconocían por completo la cultura intelectual del lejano Oriente. Todas aquellas barreras cayeron en la invasión de los Tártaros, cuando llegaron á poner un pie en la China y otro en la Alemania. Establecieron entonces relaciones medio religiosas y medio diplomáticas entre los *vicarios de Dios* y los *hijos de la tierra*; se enviaron á Tartaria y á China embajadores y misioneros italianos, franceses y flamencos, y se vieron Mongoles en Roma, en París, en Lyon, en Londres y en Barcelona. Y las relaciones no se limitaron á comunicaciones oficiales: una vez abierto el camino, se aprovechó de él el espíritu aventurero. La historia ha conservado el recuerdo de algunos viajeros á quienes el amor de la ganancia y la curiosidad llevaron hasta las estepas del Asia. El primer enviado que vino en nombre de los Tártaros á la corte de Hungría fué un Inglés que, desterrado de su país, anduvo mucho

(1) De ahí sin duda el cambio de *Tataros*, nombre de los Mongoles, en *Tártaros*.

tiempo errante por Asia y acabó por ponerse al servicio de los Mongoles. Un zapatero flamenco encontró en el fondo de la Tartaria á una mujer de Metz que había sido llevada á Hungría, á un orbe francés cuyo hermano estaba establecido en París, y á un joven de las inmediaciones de Rouen, que se había encontrado en la toma de Belgrado, y allí vió Rusos, Húngaros y Belgas. Juan del Plano Carpin fué acompañado por comerciantes de Breslau, de Polonia y de Austria, y á su regreso por la Rusia vinieron con él Genoveses, Venecianos y Pisanos. Dos comerciantes de Venecia, que la casualidad había llevado á Bokhara, acompañaron á un embajador mongol que Hulagu enviaba al gran khan de Khoubilai; y después de haber permanecido muchos años en China, regresaron á Europa encargados de otra misión del gran khan para el papa; volvieron después á China, llevando con ellos á un joven veneciano cuya celebridad ha eclipsado la gloria de sus compañeros. Marco Polo permaneció diez y siete años al servicio del gran khan; visitó el Japon, las islas del Archipiélago Índico, el Mar de las Indias y la costa oriental del África: la publicación de su viaje reveló al Occidente un nuevo mundo.

Continuadas aquellas relaciones en los siglos XIV y XV, es indudable que ejercieron influencia en los progresos de la civilización, porque cuando se acercan comarcas y pueblos desconocidos, el rozamiento es inevitable y nunca es estéril. Á los confines del Asia se había desarrollado una civilización precoz; hacia siglos que en China eran conocidas la mayor parte de las invenciones que señalan la transición de la Edad Media á la Edad Moderna. Desde los tiempos más remotos habían observado los Chinos la polaridad del iman y se habían servido de él para su navegación; tenían cañones desde el siglo X; la primera edición de sus libros clásicos, grabada en pedazos de madera, data de 952; hasta el uso del papel moneda era allí conocido en el siglo X. Todos esos descubrimientos datan en Europa del siglo XV, y han penetrado en ella no se sabe por qué camino; los nombres de los inventores son desconocidos, ó si se les conocía, eran oscuros artesanos; la más importante de las invenciones; la de la imprenta, se verifica en muchos países á la vez. ¿No es, por lo ménos, probable que las artes esparcidas en China pasasen á Europa por el intermedio

de los viajeros? El contacto con el Oriente por medio de las cruzadas y de los Tártaros ha sido para la Europa la vía providencial de una revolución pacífica, pero inmensa en los resultados. Las cruzadas arruinan el feudalismo hasta en sus cimientos, y favorecen la libertad y la igualdad; la pólvora hace saltar el edificio que estaba ya minado por la monarquía y por los municipios. La imprenta, instrumento de la libertad individual, hace imposible el yugo de una Iglesia exclusiva. El imán guía á los navegantes hácia nuevos continentes: la inmovilidad feudal hace lugar al genio del comercio y de la industria. Aquella es la aurora de una edad nueva. Sale la humanidad de su aislamiento, y camina hácia la unidad que el cristianismo ha preparado por medio de sus misiones. El Oriente es el que, en apariencia, se ha aprovechado ménos de las relaciones establecidas entre los dos mundos por las invasiones de los Tártaros, pero él se aprovechará. En vano rechaza á los misioneros, en vano se aísla; Dios ha velado para que ese aislamiento sea imposible. El comercio, quizá más emprendedor que la fe, rompe las barreras que las preocupaciones de raza y de religión oponen á las relaciones entre los hombres. El Oriente se abre al genio conquistador de las naciones europeas, las cuales derramarán en él la vida al comunicarle la libertad que falta á los pueblos orientales. Los dos mundos serán siempre distintos, pero su diversidad se armonizará dentro de una unidad superior. Así se cumplen los destinos del género humano.

## § II.—Vicios del cosmopolitismo cristiano.

El feudalismo y la Iglesia tienen un genio contrario y en apariencia hostil. El feudalismo procede de los Germanos; la Iglesia, de Roma; de una parte el espíritu de división y de aislamiento; de otra parte el espíritu de unidad y de expansión. Si las cosas humanas fuesen conducidas por la lógica, el régimen feudal hubiera llegado al aislamiento absoluto, y la jerarquía católica á la unidad del género humano. Pero en la raza germánica había tendencias é instintos que corregían lo que había de estrecho en el feudalismo, y en los dogmas de la religión católica había causas que viciaban su cosmopolitismo. Y es que el género humano no está destinado ni á una separación indefinida, que

produciría su disolución, ni á una unidad de hierro, que, matando la vida individual, produciría también la muerte. Hay en la humanidad dos tendencias igualmente legítimas, la unidad y el individualismo. La unidad es el término ideal hácia el que marchamos; pero ese término no puede ser alcanzado sacrificando lo que hay de individual en la creación; al contrario, el ideal supone la satisfacción de todas las necesidades legítimas, la armonía de todas las oposiciones.

La Edad Media no ha sido una época de conciliación, sino de lucha. El catolicismo perseguía la dominación universal con el rigorismo propio de la raza romana, sin tener en cuenta las contradicciones que encontraba. Enfrente de él había todo un mundo que le era hostil. En su propio seno brotaban cismas y nacían herejías. Una raza indomable mantenía en medio de la sociedad cristiana la protesta que comenzó, viviendo aún Jesucristo, contra la divinidad del cristianismo. ¿Qué relaciones, qué vínculos podría haber entre la Iglesia y los infieles, entre los ortodoxos y los cismáticos y los herejes, entre los cristianos y los judíos?

Ya hemos dicho cuáles fueron las relaciones de la Iglesia con las sectas cristianas que surgieron en la Edad Media; vamos á completar el cuadro de las relaciones de la Iglesia con los no cristianos; no hay historia más fecunda en enseñanzas. El cosmopolitismo cristiano parece casi un ideal cuando se examinan las relaciones de los creyentes entre sí; pero desde que se sale de ese círculo estrecho, reaparecen la división y el odio. Esa división enconada tiene su origen en el dogma de la revelación, y es su anatema. El cristianismo es una religión revelada; de consiguiente, exclusiva é intolerante por esencia; no reconoce ningún derecho al lado de la revelación; de ahí su hostilidad necesaria contra todo lo que no es cristiano. La hostilidad no puede tener fin hasta conseguir la sumisión del mundo entero á una ley inmutable, la misma para todas las razas y para todos los climas; y como esa unidad es imposible, la hostilidad es fatal y perpetua. El cosmopolitismo cristiano se parece á la unidad romana; en el inmenso imperio romano reinaban la paz, el derecho, la igualdad; Roma era el centro de la vida de que vivían las provincias más remotas; pero por extenso que fuera aquel imperio, tenía sus límites, más allá de los cuales había un mundo ignorado á quien el orgullo romano trata-

ba de bárbaro, y la guerra entre Roma y los Bárbaros era permanente. En la cristiandad romana circula también una vida activa, una ardiente caridad la anima; pero la cristiandad forma una pequeña parte del género humano; y como todos los que están fuera de la sociedad cristiana y los que rehúsan entrar en ella son tratados de infieles, de herejes y de cismáticos, la guerra entre cristianos y no cristianos es también irremediable y permanente.

#### N.º 1.—*Los creyentes y los no creyentes.*

Á últimos del siglo XI se lanzó la Europa sobre el Asia para conquistar el sepulcro de Cristo. ¿Cuál fué la ocasión de aquella guerra de dos siglos? Las vejaciones que los peregrinos sufrían al visitar la Ciudad Santa. Aquellas vejaciones no eran, sin embargo, más que un accidente. Los Árabes tienen una veneración á Jesucristo casi igual á la de los cristianos, y respetan la fe que lleva á los creyentes á visitar los Santos Lugares. En la primera mitad del siglo VIII fué hecho prisionero un obispo sajón y conducido ante un jefe árabe para ser juzgado; oíamos la sentencia del emir: "Muchas veces he visto hombres que venían de su país, no hacen mal alguno, y desean cumplir su ley," (1). La tolerancia mahometana pocas veces ha faltado á los peregrinos de Occidente. En cambio los cristianos, hechos dueños de Jerusalén, llenaron de sangre de infieles la Ciudad Santa y hasta los templos; prohibieron á los cristianos de Oriente visitar el sepulcro de Cristo, á pretexto de que se separaban de la doctrina ortodoxa y rechazaban la supremacía de Roma, y no les permitieron ni aún la entrada en Jerusalén (2). Los cristianos cismáticos se adhirieron por fin á la Iglesia romana; pero la unión no era más que aparente y producida por la necesidad; la división religiosa subsistía en el fondo, y con ella el germen de odio; los cristianos de Oriente fueron tratados como vencidos, y sus templos y monasterios sujetos á un tributo; y cuando entra-

(1) *Vita Willibaldi*, en MABILLON, *Acti Sanctorum Ordinis S. Benedicti*, sec. III, P. II, p. 372.

(2) RENAUDOT (*Hist. Patriarcha. Alexandrinor.* p. 479) cita este pasaje de SEVERUS, autor del siglo XII y de la secta de los jacobitas. «Inde factum est ut nos Christiani Jacobite Copitæ non amplius peregrinationis religiose ad eam urbem instituendæ facultatem habeamus, sed usque ad eam accedendi. Notum enim est odium eorum adversus nos, quasi in fide erramus, adeo ut palam nos impietatis condemnent.»

ban en el seno de la Iglesia ortodoxa se les sometía á un nuevo bautismo, como si fueran idólatras. En el siglo XIII, la opresión llegó á ser tan intolerable, que los obispos griegos se unieron á los patriarcas de los jacobitas, de los maronitas y de los nestorianos para implorar el apoyo del santo padre. Inocencio IV envió un legado, *ángel de paz*, encargado de reprimir la tiranía de la Iglesia latina (1).

La caridad, que forma la esencia del cristianismo, debería hacer abstracción de las diferencias de fe; así es como la practicaba Aquel á quien los cristianos adoran como el Hijo de Dios. Pero la institución de una Iglesia ortodoxa, fundada sobre una revelación divina, vino á ser un obstáculo para la caridad. Nada más horrible, bajo este punto de vista, que la legislación canónica sobre los excomulgados. El que es excluido de la comunión cristiana queda excluido de la sociedad humana; toda relación con él queda prohibida, y hasta la caridad misma es mirada como un crimen (2). La muerte, que debería poner fin á toda enemistad, no hace más que acrecentar el odio religioso. En el siglo XII, los hermanos Hospitalarios, inconsecuentes por humanidad, se atrevieron á conceder sepultura á dos excomulgados, y Alejandro III reprobó su conducta: "Establecido por Dios para dirigir las almas, dice el soberano pontífice, no puede permitir aquello que es un obstáculo para su salvación; su deber le manda reprobar la presuntuosa temeridad de los Hospitalarios, y les manda abrir los sepulcros y echar los huesos de los excomulgados á las bestias bravas; y si ellos no lo hacen, el legado del papa se encargará de ejecutar sus órdenes," (3). ¡Qué horrible barbarie de parte del que se llama vicario de Dios! Hay que confesar, no obstante, que la Iglesia es lógica en su terrible intolerancia: aquel á quien ella ha separado de la comunión cristiana, ¿acaso no es ya la presa del de-

(1) «Mandamus quatenus Græcos illarum partium, quocumque nomine censeantur, auctoritate apostolica protegens, turbare eos violentiis, vel quibuscumque molestiis non permittas, injurias quas libet et offensas a Latinis illatas eisdem plenarie faciens emendari, et Latinis ipsis districte præcipiens, ut a similibus de cætero conquiescant» (RAYNALDI, *Ann.*, ad a. 1245, §§ 39, 38).

(2) *Concil. Lateran.*, a. 1179, Appendic. XXXI, 6: «Mercatoribus et ceteris hominibus civitatum vel burgorum prohibemus, ne aliquem nomine excommunicatum hospitem suscipiant, nec in venditione vel in emptione seu aliqua participent accommodatione» (MANSI, XXII, 386).

(3) ALEXANDRI III *Epist. ad Cantuariens. archiepisc.* (MANSI, XXII, 385).

monio? ¿Qué relación puede subsistir entre él y los fieles? Pero la lógica perjudica á las doctrinas falsas; cuando un principio llevado á su último término conduce al sacrilegio, aquel principio no podría ser la expresión de la verdad revelada. No, Dios no ha dado á ningún poder humano la facultad de violar las leyes de la humanidad; y la Iglesia no tiene el derecho de entregar á Satanás los excomulgados, ni durante su vida ni después de su muerte. Al mostrarse enconada hasta ese punto, prueba solamente su impotencia para fundar la unidad á que aspira; la fe que entraña un principio de odio no puede ser lazo de unión entre los hombres.

#### N.º 2.—*La Iglesia y los infieles.*

La Edad Media no concebía otra relación entre la Iglesia y los infieles más que la conversión ó la destrucción. El ideal de los tiempos feudales es Carlo-Magno, no el rey franco tal como nosotros le conocemos por la historia, sino el guerrero fabuloso tal como lo han imaginado los cantares de la gesta y los romances. ¿Cuál es la misión que la poesía dió á su héroe? La de combatir infieles; su vida se pasa en empresas contra los sectarios de Mahoma, y sus largas luchas contra los Sajones se transformaron en guerras contra los Sarracenos; sus empresas militares sólo se interrumpen por discusiones teológicas con los guerreros enemigos. Aquella poesía es la fiel expresión de las costumbres entonces reinantes. Verdad es que la Iglesia no ha predicado jamás el exterminio de los infieles y que rechaza hoy día la violencia como medio de conversión; pero durante la Edad Media, las costumbres guerreras dominaron sobre los sentimientos pacíficos de la Iglesia. Ésta se ha asociado de hecho á la conquista, y, lo que es más, la ha provocado y la ha justificado como medio de conversión. Los Sajones han sido bautizados en sangre con aplauso del papado; y los Anglo-Sajones y los Irlandeses fueron reconquistados á la unidad católica con las armas que los papas habían bendecido; los Eslavos de la Prusia y de la Livonia fueron convertidos espada en mano por una milicia medio monacal y medio caballeresca; y si los Sarracenos no fueron exterminados, no ha dependido de la Iglesia. Por consiguiente, si ésta se ha detenido en su sangriento camino, no es debido á su regreso á los principios del Evangelio, sino á su impotencia

Los infieles, no pudiendo ser ni exterminados ni convertidos, ¿qué relaciones podrían establecerse entre la Iglesia y las poblaciones que rechazan la fe cristiana? La separación y la hostilidad. La Iglesia aplica á las naciones lo que el apóstol de los Gentiles dice de los individuos: los fieles no deben tener relaciones con los infieles, ni siquiera comer con ellos. El papa Nicolas se funda en aquellas palabras de San Pablo para prohibir que los pueblos cristianos celebren tratados con los gentiles; no deben tener con ellos otras relaciones que las encaminadas á atraerlos al Evangelio (1). Juan VIII excomulgó á los Amalfitanos que habían hecho un tratado con los Sarracenos; y en sus epístolas insiste muchas veces sobre aquel crimen horrible, y exhorta sin cesar á los fieles para que no entren en sociedad con los enemigos de Dios, amenazándoles, si persisten, con todos los rigores de la Iglesia (2).

La Iglesia hasta olvida la primera de las leyes que Jesucristo dió á sus discípulos, y no tiene caridad con los infieles. Los concilios condenan la piratería, pero tienen buen cuidado de añadir que es la piratería contra los cristianos (3); increpan el derecho de naufragio, pero está permitido despojar á los desgraciados á quienes el nacimiento ha colocado fuera de la comunión cristiana (4). Se atribuye á la Iglesia la gloria de la abolición de la esclavitud; pero ¿pensó jamás en abolirla entre los infieles cuando lo pudo hacer? Los cristianos, dueños de Jerusalén, tuvieron esclavos; y ¿caso recordó el papa á los cruzados que el hombre es el igual del hombre, ya sea Sarraceno ó ya cristiano? Los concilios prohibieron en el Occidente el comercio de esclavos; ¿por qué no lo prohibieron en la Tierra Santa? Las prohibiciones siempre se circunscribieron á los que eran miembros de Cristo; y el comercio de esclavos sarracenos se hacía

(1) NICOLAI *Responsio ad consulta Bulgarorum*, número 82 (MANSI, XV, 428).

(2) *Epist.* CCXXV, CCXXVII (MANSI, XVII, 167, 169).

(3) *Concil. gener. de Letran.* de 1179, c. 24 (MANSI, XXII, 230).—El concilio de Tarragona, de 1317, c. 7 (MARTENE, *Collectio Amplissima*, t. VII, p. 307), permite la piratería contra los infieles, aun á los clérigos de órdenes menores.

(4) En 1112, el arzobispo y el vizconde de Narbona abolieron el derecho de naufragio; pero los bienes de los Sarracenos naufragos se repartían por mitad entre el arzobispo y el vizconde (*Hist. del Languedoc*, t. II, pruebas, p. 383). La intolerancia cristiana domina hasta en los reyes incrédulos. Una ley de Federico II, promulgada en la basílica de San Pedro, de acuerdo con el papa, mantiene el derecho de naufragio tratándose de infieles (*Constitutio*, a. 1220), art. 7. véase PERTZ, II, 244: «Nisi talia sint navigia, que sint Christiane nomine inimica».

públicamente, sin que la Iglesia se ocupara de ello (1).

### N.º 3.—*Los Latinos y los Griegos.*

Bajo el punto de vista humano, se comprenden los sentimientos hostiles de la Iglesia contra los infieles, puesto que en cierto modo había guerra permanente entre los sectarios de Mahoma y los discípulos de Cristo. Pero siempre resultará que esa lucha eterna revela la impotencia de la Iglesia para realizar la unidad. Entre dos religiones que pretenden ser reveladas no es posible alianza alguna; la coexistencia del cristianismo y del islamismo tenía que producir forzosamente la separación del Oriente y el Occidente. En el seno mismo de la Iglesia surge la división desde el momento que se manifiesta la más ligera disidencia acerca del dogma. Las diferencias teológicas que separan á los Griegos de los Latinos son insignificantes; y se diría que el odio se acrecienta en proporción de la inutilidad de las creencias que producen el cisma: los Griegos, dice un historiador de la Edad Media, odian á los Latinos más que á los Sarracenos, y otro tanto sucede á aquéllos con respecto á los Griegos (2). La antigua oposición de raza y de civilización que separaba á los Griegos y á los Latinos tomó en la Edad Media un tinte religioso, y desde aquel punto fué irremediable. Oigamos sobre ello á un testigo ocular, á Odon, monje de San Denis: «Cuando nuestros sacerdotes habían celebrado la misa en sus altares, los Griegos se apresuraban á hacer ceremonias expiatorias y abluciones, como si hubiesen sido profanados los altares... ¡Oh dolor! Nosotros hemos sabido que cometen un crimen digno de ser castigado con la muerte: siem-

(1) El concilio de Coblenza, de 992, equipara los que venden á un cristiano á los homicidas (BURCHARD, VI, 49).—Las *Siete Partidas* (lib. I, tit. 29, P. 1) prohíben reducir á esclavitud los cristianos prisioneros, pero sí á los infieles (a).—Véase á HULLMAN, *Stadtwesen*, t. I, p. 80.

(2) GUIL. NEUBRIG., *de rebus anglie.*, IV, 13 (BOUQUET, XVIII, 22): «Græci cum sint Christiani, non secus, imo plerumque etiam ferocius quam Saracenos abominari Latinos noscuntur.»

(a) El autor tuerce aquí el sentido de la ley de Partida, la cual no dice que puedan reducirse á esclavitud los prisioneros infieles y no los cristianos. La ley habla en general de las diferencias que hay entre cautivos y presos; y después de decir lo que se entiende por preso y de añadir que el derecho de los antiguos prohibía matarlos y venderlos y maltratarlos, etc., añade: «Pero esto se entiende de los presos de una ley, así como cuando fuese guerra entre cristianos. Mas cautivos son llamados por derecho aquellos que caen en prisión de omnes de otra creencia. Ca estos los atan después que los tienen presos, por desprecio que non han la su ley, etc.» Esto es enteramente distinto de lo que asegura el autor. Y para convencerse de ello, le hubiera bastado leer la ley siguiente del mismo título y partida.—(N. del T.)

pre que contraen matrimonio con alguno de los nuestros, ántes de celebrar el sacramento, vuelven á bautizar al que ya lo estaba segun el ritual romano, (1). El odio era tan profundo, que los Griegos afrontaron el poder de los conquistadores latinos; y enfrente de aquellos terribles guerreros que se habían apoderado de Constantinopla se entregaban á los mismos actos de intolerancia apasionada que censuraba en ellos *Odon de Deuil* durante el siglo XII; tanto que el concilio de Letran excomulgó á los sacerdotes osados que rechazaban el contacto de la Iglesia latina como una mancha (2).

En los historiadores de las cruzadas se ve hasta qué punto conduce el odio que se funda en motivos de religión: ¡el perjurio llega á ser una cosa sagrada y el asesinato un mérito á los ojos de Dios! *Odon de Deuil*, después de haber hablado del desprecio que los Griegos mostraban á la Iglesia latina, añade que aquellos sacrilegos encendieron el odio de los Latinos hasta el punto de que éstos ya no consideraban á los Griegos como cristianos y tenían por cosa baladí el matarlos (3). Balduino, el primer emperador de Constantinopla, escribía á Inocencio III que los Griegos trataban de perros á los Latinos y tenían casi por meritorio el asesinarlos (4). Un patriarca predicó en el templo de Santa Sofía, en presencia de los legados de Federico, que un Griego que hubiese quitado la vida á diez Griegos obtendría la remisión de sus pecados matando á cien cruzados (5).

Las pasiones, alimentadas y excitadas por el fanatismo de los sacerdotes, estallaron, por fin, con el degüello de los Latinos, que acompañó al advenimiento de Andrónico en 1182. El emperador Manuel, que, como aliado de los príncipes latinos, no ocultaba sus simpatías por los guerreros de Occidente, atrajo á Constantinopla un gran número de Francos; y tales favores, prodigados á enemigos de la religión, provocaron la animosidad de los Griegos hasta el colmo; de esto se aprovechó Andrónico para excitar más y más el odio del pueblo y por ese medio recobrar el trono; dueño ya de Constantinopla, soltó las riendas al furor popular, y sólo los más jóvenes y los más valientes de los

Latinos consiguieron salvarse; pero la rabia de los Griegos se sació en los viejos, en las mujeres y los enfermos; cobardes hasta en su venganza, pusieron fuego á las casas habitadas por sus enemigos. Reservaron para los monjes y los sacerdotes los suplicios más refinados: ataron la cabeza del legado pontificio á la cola de un perro, y arrastraron por las calles hasta los cadáveres que yacían en los sepulcros. Los caballeros de San Juan tenían un hospicio en Constantinopla, y allí los Griegos no respetaron ni la vida de los moribundos. Los jefes de aquella furiosa muchedumbre eran curas y frailes (1).

Los Latinos que se salvaron de aquella carnicería tomaron represalias incendiando las iglesias y monasterios de los Griegos y matando curas y frailes. Pero se preparaba una venganza aún más terrible: los ortodoxos sobrepujaron, si es posible, el furor de los cismáticos después de la toma de Constantinopla. No describirémos el orgullo y los sacrilegios con que se mancharon los Latinos; la sangre que se vierte en los campos de batalla no nos horroriza: el vencido ha podido defenderse, y el vencedor tiene derecho á la gloria que da el heroísmo; pero los crímenes á que da lugar el fanatismo religioso son los más aflictivos y más horribles de todos los excesos que cometen los hombres. ¡Dichosos nosotros que vivimos en un tiempo en que, á pesar de la diversidad de creencias, son ya imposibles semejantes excesos! Pero reconozcamos al mismo tiempo que si la humanidad ha llegado á triunfar ha sido á despecho del dogma católico. Hombres imbuidos de la intolerancia de una religión revelada, sólo por inconsecuencia pueden llegar á ser humanos. Felizmente hay en el hombre una voz más fuerte que la que predica el odio en nombre de Dios: esa voz, verdaderamente divina, nos grita á todas horas que Dios manda el amor y no el odio, y esa voz acabará por hacer imposible la inhumanidad. El día en que llegue á creerse que todas las religiones son reveladas y que todos los hombres pueden salvarse cesarán las divisiones religiosas, y la caridad será el vínculo entre los pueblos.

### N.º 4.—*Los cristianos y los Judíos.*

La historia de los Judíos es una triste prueba de la intolerancia cristiana. No hablarémos de las

(1) ODON DE DEUIL, *Cruzada de Luis VII*, lib. III, véase á GUIZOT, *Memorias*, t. XIV, p. 317.

(2) *Concil. de Letran*, de 1215, c. 4 (MANSI, XXII, 990).

(3) ODON DE DEUIL, en GUIZOT, t. XXIV, p. 318, 317.

(4) *Gesta Innocentii*, c. XCII.

(5) Carta de Federico I, de 1178, en MARTENE, *Collect. Ampl.*, tomo I, p. 909.

(1) GUILLERMO DE TIRO, XXII, 10-13 (BONGARS, p. 1023).